TUMBONA EDICIONES PRESENTA

VERSUS | ROUND 12


SEIS ENSAYOS EN HUELGA


LUCIO ANNEO **SÉNECA** / SAMUEL **JOHNSON**
FRIEDRICH **NIETZSCHE** / BERTRAND **RUSSELL**
THEODOR W. **ADORNO** / E.M. **CIORAN**



CONTRA



EL TRABAJO

EL TIEMPO LIBRE vs LA JORNADA LABORAL | EL PLACER vs LA PRODUCTIVIDAD

UN LLAMADO A RENUNCIAR AL YUGO DEL TRABAJO Y A LA MORAL QUE LO GLORIFICA, A SENTIRNOS CULPABLES POR ENTREGARNOS A LA LABORIOSIDAD Y NO AL OCIO FECUNDO


Consejo Nacional para la Cultura y las Artes




Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

CONTRA EL TRABAJO

Progreso 207-201, Col. Escandón
México, 11800, D.F.
contacto@tumbonaediciones.com
http://www.tumbonaediciones.com
http://www.tumbona.blogspot.com

ISBN: 978-607-7534-04-4
Impreso en México.
Printed in Mexico.

Impreso por Grafic Gold, S.A. de C.V.

Para la realización de este proyecto se recibió el apoyo económico del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales, en el año 2007.

VERSUS | ROUND 12

LUCIO ANNEO **SÉNECA** / SAMUEL **JOHNSON**
FRIEDRICH **NIETZSCHE** / BERTRAND **RUSSELL**
THEODOR W. **ADORNO** / E.M. **CIORAN**

— **CONTRA** —

EL TRABAJO



COLECCIÓN
VERSUS

ÍNDICE

Tf
*ʼl

LOS DEMASIADO OCUPADOS

LUCIO ANNEO SÉNECA

¿Puede haber algo más necio que la sensibilidad de ciertos hombres, me refiero a aquellos que se jactan de prudentes? Están ocupados y se afanan en ver cómo podrían vivir mejor, sin darse cuenta de que ¡planean su vida a costa de su vida! Hacen proyectos a largo plazo, cuando la dilación es la mayor pérdida de vida; suprime siempre el día de hoy, nos despoja del presente mientras promete lo que vendrá. El mayor obstáculo para vivir es la expectativa; nos perdemos el ahora por estar pendientes del mañana. Dispones de lo que está en manos de la fortuna y dejas pasar lo que está en las tuyas. ¿Dónde pones la mira? ¿Adónde te diriges? Todo lo que está por venir es incierto: vive el momento actual. He aquí que Virgilio, el mayor poeta, como inspirado por boca divina, canta este saludable verso:

> Los mejores días de la vida son los primeros que escapan a los míseros mortales.

¿Por qué vacilas?, pregunta. ¿Por qué te detienes? Si no lo aprovechas, el tiempo huye. Y aunque lo aproveches, también huirá. De modo que hay que luchar contra la celeridad del tiempo empleándolo a toda velocidad, como el que bebe a toda prisa de un torrente raudo que no ha de fluir por siempre. También para censurar la vacilación interminable habla el poeta, con gran hermosura, no de la mejor edad, sino de los mejores días. ¿Cómo es que tú, confiado y lento, en esta apresurada huida del tiempo, te prometes una larga serie de meses y años a la medida de tus deseos? El poeta te habla sólo de días y de cómo se disipan. ¿Cómo poner en duda que los mejores días son también los primeros que escapan a los míseros mortales, esto es, a los hombres ocupados? A sus espíritus todavía pueriles los agobia la vejez, a la que llegan desarmados y sin haberse preparado. En efecto, nada se ha previsto; de repente y sin pensarlo cayeron en ella, pues no advirtieron que día a día se iba acercando. Del mismo modo que una lectura, una conversación o un pensamiento un poco más profundo capturan la atención de los viajeros, y de golpe se percatan de que ya lle-

garon sin haberse dado cuenta de que se acercaban al final del viaje, así este constante y velocísimo camino de la vida, que hacemos al mismo paso los dormidos y los despiertos, no se revela a los atareados más que al último.

*

La vida se divide en tres épocas: la que fue, la que es y la que será. De ellas, la que estamos viviendo es breve; la que estamos por vivir, dudosa; la que hemos vivido, fija. Sobre esta última la fortuna perdió sus derechos; no puede desandarse al arbitrio de nadie. Los ocupados se pierden esta época, pues no les queda tiempo para mirar hacia atrás; y cuando lo tienen, les es desagradable el recuerdo de algo de lo que se arrepienten. Así, de mala gana evocan en su ánimo el tiempo que malgastaron y no se atreven a volver sobre un pasado cuyos defectos, aun los que se insinuaban bajo los atractivos de un placer presente, se hacen notorios al ser repasados. Nadie, a no ser el que todo lo ha hecho bajo una severa vigilancia, que nunca se equivoca, voltea con gusto a mirar el pasado; el que presa de la ambición ha deseado muchas cosas, el que ha despreciado con soberbia o no se supo dominar en la victoria, el que urdió engaños malévolamente o ha

robado por avaricia, el que ha derrochado con prodigalidad, es comprensible que tema a sus recuerdos. Y lo cierto es que ésta es la parte de nuestro tiempo que permanece intocable y sin renuncia, por encima de todas las vicisitudes humanas, más allá del imperio de la fortuna, a la que no inquieta la escasez, ni el miedo o las enfermedades; nadie puede perturbarla ni arrebatarla; su posesión es perpetua y libre de resquemores. Los días de la vida sólo se presentan de uno en uno y un momento tras otro; en cambio, los del pasado se te hacen presentes tan pronto como lo decides, y consienten que los detengas e inspecciones a tu antojo, cosa que las personas ocupadas no tienen tiempo de hacer. Es propio de una mente serena y tranquila hacer un recorrido por todas las parcelas de su vida; los espíritus de los demasiado ocupados, como si estuvieran sometidos a un yugo, no pueden girarse y mirar hacia atrás. Entonces su vida se hunde en un abismo; y así como no sirve de mucho acumular gran cantidad de agua si no hay una base que la acoja y conserve, tampoco importa cuánto tiempo se nos conceda, pues si no tiene dónde asentarse, se escurre por los ánimos rotos y agujereados.

Es tan breve el tiempo presente que a algunos hasta les parece que no existe, porque siempre está en curso,

corre y se precipita; antes de que llegue ya ha dejado de ser, y no permite que se le detenga, como el universo y las estrellas, cuyo movimiento siempre inquieto no permanece nunca en el mismo lugar. Así, los ocupados no tienen más que el tiempo presente, que es tan breve que es imposible atraparlo, e incluso éste se les escapa, pues siempre andan distraídos con muchas cosas.

*

¿Quieres saber, finalmente, lo poco que viven? Observa entonces lo mucho que desean vivir. Viejos decrépitos mendigan con ruegos la concesión de unos cuantos años; fingen que son más jóvenes, se halagan con mentiras y de buen grado se engañan como si con ello burlaran también a los hados. Pero cuando alguna flaqueza les advierte de su condición mortal, desfallecen como aterrorizados, no como si abandonaran la vida, sino como si ella los echara a la fuerza. Dicen a gritos que han sido unos necios por no haber vivido y que, si llegaran a escapar de la enfermedad, llevarían una vida entregada al ocio; entonces piensan cuán en vano se han procurado cosas de las que no disfrutan y cómo todo su esfuerzo ha caído en el vacío. En cambio, la vida de aquellos que se

mantienen al margen de todo negocio, ¿cómo no va a resultarles larga? No cedieron nada de ella, nada se desparrama por uno ni otro lado, no entregaron nada a la fortuna, nada desapareció por descuido, nada se perdió por despilfarro, nada es superfluo; toda entera, por así decirlo, rinde intereses. De modo que, por corta que sea, es de sobra suficiente y, por ello, cuando llegue el último día, el sabio no vacilará en ir a la muerte con paso firme.

*

Tal vez me preguntes a qué hombres llamo ocupados. No creas que sólo denomino así a los que acaban por echar de la basílica a los perros lanzados contra ellos, a los que discurren con brillantez apretujados por la turba de sus amigos o reciben el desdén de sus enemigos, a los que sus obligaciones hacen salir de casa para dar de tumbos ante las puertas de los demás, a los que se sienten atraídos por la lanza del pretor con el anhelo de un lucro infame, que a la postre se tornará purulento. Hay para quienes el mismo ocio es atareado; en su finca o en su lecho, en medio de la soledad, aunque estén apartados de todos, son molestos incluso para sí mismos; su vida no debe llamarse ociosa, sino una ocupación plena

de desidia. ¿Llamas tú ocioso al que con solicitud angustiosa colecciona bronces de Corinto, a los que la manía de algunos convirtió en preciosos, y pasa la mayor parte del día en pulir metales oxidados? ¿Al que se sienta en el gimnasio a contemplar las luchas de los muchachos, porque para nuestra vergüenza ni siquiera nuestros vicios son romanos? ¿O al que está clasificando por colores y edades a su rebaño de luchadores? ¿Al que brinda banquetes a los atletas de moda? ¿Llamas ociosos a los que se pasan muchas horas en la peluquería y se hacen recortar lo que les ha crecido durante la noche —mientras deliberan por cada uno de sus pelos— y recomponen su cabellera desarreglada o, cuando es escasa, traen de aquí y de allá pelos a su frente? ¡Cómo se encolerizan si el peluquero ha sido un poco descuidado, si los afeitó con esa falta de delicadeza viril! ¡Cómo se encienden si un pelo queda fuera de su sitio, si se les recortó de más su melena, si cada rizo no queda en el lugar adecuado! ¿Quién de ellos no prefiere que se alborote el Estado antes que se alborote su cabellera? ¿Quién no está más preocupado por la compostura de su cabeza que por su salud mental? ¿Quién no prefiere estar bien acicalado a ser honrado? ¿Llamas tú ociosos a los que andan siempre ocupados entre el peine y el espejo?

No tienen ellos ocio, sino negocio baldío. Decididamente no situaría sus banquetes entre el tiempo dedicado al ocio, pues veo con qué ansiedad disponen los cubiertos de plata, con qué diligencia ciñen las túnicas de sus esclavos favoritos, qué pendientes están de la forma en que saldrá el jabalí de manos del cocinero, con qué presteza, a una señal dada, los esclavos depilados correrán a servir, la habilidad con que serán trinchadas las aves en trozos del mismo tamaño, la meticulosidad con que los infelices esclavos limpiarán los esputos de los borrachos. Con detalles como estos adquieren fama de esplendidez y refinamiento, y hasta tal punto la desgracia acompaña cualquier incidente de sus vidas, que ni beben ni comen despreocupados.

Tampoco han de contarse entre los verdaderos ociosos a quienes se hacen llevar en silla o en litera de aquí para allá, y acuden puntuales a todas sus gestiones, como si no les estuviera permitido dejarlas; tampoco a quienes se les avisa cuándo han de lavarse, cuándo han de nadar y cuándo toca la cena; a tal grado se dejan llevar por la languidez de su ánimo delicado que no pueden saber por sí mismos si acaso tienen apetito.

He oído decir que uno de estos refinados —si puede llamarse refinamiento al hecho de apartarse de la vida y

de las costumbres de los hombres— al ser sacado en brazos del baño y depositado en su silla, preguntó: "¿Ya estoy sentado?" ¿Piensas tú que ese individuo que ignora si está sentado puede saber si vive, si ve o si está ocioso? No me es fácil decidir qué me produce más pena, si el que no lo supiera o el que fingiera ignorarlo. No cabe duda de que olvidan muchas cosas, pero otras muchas simulan haberlas olvidado. Ciertos vicios los deleitan como si fuesen pruebas de su felicidad; les parece propio de hombres de poca monta y despreciables saber lo que hacen. ¡Pensar que existe gente tan incapacitada para los deleites que tiene que confiar en otro para saber si está sentado! A mi modo de ver, no se le debe considerar un ocioso, sino un enfermo, o mejor, un muerto. Es ocioso aquel que tiene conciencia de su propio ocio. Pero aquel que vive a medias y necesita un indicio para saber la posición de su cuerpo, ¿cómo puede ser dueño de tiempo alguno?

*

Los únicos ociosos son aquellos que se dedican a la sabiduría, y sólo ellos son los que viven: pues además de que saben qué hacer con su propio tiempo, añaden a su vida

cualquier época; todos los años que les anteceden los hacen suyos. Si no somos muy ingratos, es preciso reconocer que aquellos clarísimos fundadores de las doctrinas sagradas nacieron para nuestro beneficio y nos prepararon para la vida. Gracias al esfuerzo ajeno nos vemos conducidos a las cosas más bellas, arrancadas de las tinieblas a la luz; ninguna época nos ha sido vedada y se nos admite en todas, y si con grandeza de espíritu procuramos superar la estrechez de la debilidad humana, tenemos mucho tiempo a nuestra disposición. Podemos discutir con Sócrates, dudar con Carnéades, descansar con Epicuro, vencer con los estoicos la naturaleza humana, con los cínicos sobrepasarla. Puesto que la naturaleza nos permite la compañía de cualquier época, ¿por qué no, desde este breve y caduco tránsito del tiempo, nos entregamos en cuerpo y alma a todo lo que es inmenso, eterno, a lo que nos emparienta con los mejores?

Aquellos que van y vienen a cumplir sus obligaciones, los que se inquietan a sí mismos y a los demás, cuando al fin han enloquecido del todo, cuando día con día han ido de una dirección a otra sin pasar de largo por ninguna puerta abierta, después de que han repartido sus interesados saludos por las casas más diversas, ¿a cuánta gente habrán podido ver en una ciudad tan

inmensa y tan dividida entre los distintos placeres? ¡Cuántos serán los que por el sueño o la lujuria o la descortesía no los habrán recibido! ¡Cuántos los que tras haberlos torturado con una larga espera, se les escabulleron con prisa fingida! ¡Cuántos los que habrán eludido salir por el atrio, atestado de clientes, y habrán huido por secretas puertas falsas, como si no fuera más desalmado engañar que no recibir! ¡Cuántos medio dormidos y aletargados por la disipación del día previo, cuántos infelices que pospusieron su sueño por guardar el ajeno, cuántos, al susurrar mil veces su nombre abriendo apenas los labios, responderán con un bostezo de lo más insolente!

*

La vida más breve y acongojada es la de aquellos que se olvidan del pasado, descuidan el presente y temen el futuro; cuando esos desdichados llegan al final, comprenden demasiado tarde que han estado ocupados todo el tiempo en no hacer nada.

Y mientras que son llevados y llevan a otros, mientras que mutuamente se interrumpen el descanso, haciéndose desgraciados los unos a los otros, su vida trans-

curre sin fruto, sin gusto, sin ningún provecho para el espíritu.

Es en verdad miserable la condición de toda la gente ocupada, pero todavía más la de aquellos que no trabajan en sus propias ocupaciones, adaptan su sueño al de otros, andan al paso ajeno, reciben órdenes para amar y odiar, que son las cosas más libres de todas. Si ellos quieren saber cuán breve es su vida, no tienen más que pensar en qué medida ha sido realmente suya.

Nacido en Córdoba (Hispania), no se sabe si en el año 4 ó 1 a.C., LUCIO ANNEO SÉNECA fue, junto al emperador Marco Aurelio, uno de los mayores filósofos estoicos del imperio romano. Estuvo a cargo de la educación de Nerón, contra el que presuntamente organizaría más tarde una conspiración fallida, que lo llevó a retirarse de la vida pública y luego al suicidio en el año 65 d.C. En sus obras, en particular en los llamados *Diálogos morales* y las *Cartas morales a Lucilo* —que inspiraron a Montaigne—, Séneca plantea una serie de críticas, aún poderosas y vigentes, a las costumbres y prejuicios que rigen a los hombres, y que tienen como cometido enseñar la manera de construirse un mundo autónomo y libre a espaldas de las convenciones, en que el individuo sea el único dueño de su tiempo y, más importante, de la conducción de su vida.

Ya que por desgracia su tratado "Del ocio" llegó a nosotros muy mutilado, aquí se incluyen algunos extractos de *Sobre la brevedad de la vida*, en la versión de Mario de la Sibila.

EL OCIOSO

SAMUEL JOHNSON

El carácter del ocioso[1]

En mis ocios bajo la sombra jugaba
Horacio, Libro I, Oda XXXII

Aquellos que se han aventurado a escribir una columna de ensayos parecen detenerse al comienzo por falta de un título adecuado. Dos escritores, desde tiempos de *El espectador*, se han apropiado de su nombre[2] sin preten-

[1] Primer ensayo de la columna *The Idler* (*El ocioso*) que el Dr. Johnson publicó en el semanario *The Universal Chronicle*, de 1758 a 1760. Apareció el sábado 15 de abril de 1758. (N. del t.)
[2] *El espectador universal* en 1728, por el afamado anticuario William Oldys. *El espectador femenino* en 1744, por Eliza Haywood. A estos les siguieron *El nuevo espectador* en 1784; y por último, El *espectador del campo* en 1792. Este último es una producción de méritos considerables.

sión alguna de herencia legítima; en algún momento se hizo el esfuerzo por revivir a *El chismoso*[3], y los extraños apelativos que otros han usado en otros diarios muestran que los autores estaban preocupados, como los nativos de América, quienes se acercaban a los europeos rogándoles porque les dieran un nombre.

Le creerán sin dificultad a *El ocioso* que si su nombre hubiera requerido algún tipo de búsqueda, no lo habría encontrado jamás. Cada modo de vida tiene sus conveniencias. El ocioso, quien se habitúa a satisfacerse con aquello que puede obtener sin mayor esfuerzo, no sólo se aleja de los empeños que parecen no tener recompensa, sino que muchas veces es más exitoso que quienes rechazan todo lo que está a la mano y suponen más valiosas las cosas en cuanto más difícil es adquirirlas.

Si la similitud de las costumbres es motivo para la bondad, el ocioso puede congratularse por tener el beneplácito universal. No es solamente en un personaje donde estos rasgos se acumulan; todo ser humano es, o aspira a ser, un ocioso. Incluso aquellos que parecen tan diferentes de nosotros apresuran el crecimiento de nuestra her-

[3] Este intento se hizo en 1750, bajo el título de *El chismoso revivido*. Después de poco tiempo falló completamente.

mandad; así como la paz es el fin de la guerra, la condición ociosa es el fin último de estar ocupado.

Quizá no haya un mejor apelativo a través del cual un escritor denote su afinidad con la especie humana. Siempre ha sido difícil describir al hombre con una definición adecuada. Algunos filósofos lo han llamado un animal racional, pero otros han considerado que la razón es una cualidad asequible a muchas criaturas. Se le ha llamado también un animal que ríe, pero se dice que hay hombres que nunca ríen. Quizá el hombre sea descrito con mayor pertinencia como un animal ocioso, ya que no hay hombre que no permanezca, en algún momento, ocioso. Es por lo menos una definición de la que nadie que lea esta columna puede sentirse exento, porque ¿quién es más ocioso sino un lector de *El ocioso*?

Para que la definición esté completa, el ocio no puede ser sólo algo general, sino una característica peculiar al hombre, y quizá éste sea el único ser que puede llamarse justamente ocioso, que hace a través de los otros lo que podría hacer por sí mismo o que sacrifica el deber o el placer ante el amor a lo fácil.

Apenas se puede imaginar algún otro nombre del que se tenga que temer menos por envidias o competencias; *El ocioso* no tiene rivales ni enemigos. El hombre

de negocios lo olvida; el hombre de empresas lo desprecia, y aunque los que andan por el mismo camino de vida comúnmente caen en los celos o la discordia, a los ociosos se les halla siempre asociados en paz. Y aquel que es conocido por no hacer nada, siempre se contenta al encontrar a otro tan ocioso como él.

Lo que se pueda esperar de esta columna, sea cosa uniforme o variada, erudita o familiar, seria o jocosa, política o moral, sostenida o interrumpida, es algo que espero ningún lector pregunte. Que *El ocioso* tiene algún tipo de plan no puede dudarse, ya que elaborar planes es el privilegio del ocioso. Pero aunque tiene muchos planes en su cabeza, ahora se muestra reacio a comunicarlos, porque ha observado que sus escuchas son hábiles para recordar justo eso que él olvida; porque ha observado que sus demoras al ejecutarlos lo expone a las demandas de aquellos que se dan cuenta y se rinden ante el trabajo, y porque ha observado que planes harto engañosos, después de largas conjeturas y despliegues pomposos, decaen en pleno tedio sin haber sido puestos a prueba, y son descartados con sorna sin haber fallado.

Algo en el carácter de *El ocioso* puede suponer una promesa. Aquellos curiosos, interesados por la historia diminutiva, aquellos que reparan en las revoluciones al

interior de las familias y el auge y la caída de personajes, hombres o mujeres, esperarán obtener gratificación de esta columna, porque el ocioso es siempre inquisitivo y apenas retentivo. Aquel que se deleita con la condena pública y la sátira, y desea ver nubarrones agolpándose en torno a cualquier reputación que lo maraville con su brillo, empuñará los ensayos de *El ocioso* con el corazón palpitante. El ocioso es por naturaleza un censor; aquellos que nunca hacen nada por sí mismos piensan que todas las cosas son fáciles de hacer y consideran siempre a quienes fallan como unos criminales.

Creo necesario anunciar que no estoy celebrando ningún contrato o incurriendo en obligación alguna. Si resulta que aquellos que dependen de *El ocioso* para su dosis de sabiduría y entretenimiento sufren la decepción que con frecuencia sucede a las expectativas mal fundadas, sólo podrán culparse a sí mismos.

No toda la esperanza, sin embargo, debe perderse. *El ocioso*, aunque desaseado, aún está vivo y puede, algunas veces, llegar al vigor y a la actividad. Puede descender a lo hondo o escalar lo sublime, porque la diligencia de un ocioso es veloz e impetuosa, como los cuerpos torpes que, obligados a acelerarse, se mueven con una violencia proporcional a su peso.

Pero estos vehementes esfuerzos del intelecto no pueden ser frecuentes, y por eso él con todo gusto aceptará la ayuda de cualquier corresponsal, que le permita complacer sin realizar ningún trabajo. No excluye ningún estilo, no prohíbe ningún tema, solamente quien le escriba a *El ocioso* recuerde que sus cartas no deben de ser largas. No se deben desperdiciar palabras en declaraciones de estima o confesiones de inhabilidad; el tedio autoconsciente tiene poco derecho a ser prolijo y el elogio no es tan bienvenido para *El ocioso* como el silencio.

EL PROGRESO DEL OCIO[4]

"A *El ocioso*
Señor,

Lo he leído; ése es un favor que pocos autores pueden presumir que han recibido de mi parte además de usted. Mi intención al decírselo es informarle que usted me ha

[4] Novena entrega de la columna, publicada el sábado 10 de junio de 1758. (N. del t.)

complacido y me ha enfurecido. Ningún escritor me pareció grato como usted al haber adoptado el nombre de *El ocioso*. Pero, ¡qué decepción cuando su primera entrega vio la luz! Un irresistible y natural apego a esa pasión benéfica —el ocio— me llevó a esperar ciertas concesiones de *El ocioso,* pero me parece un desconocido ante ese nombre.

"¿Qué reglas ha propuesto para desatar el nervio holgazán, para sombrear el ojo pesado de la desatención, para dar a la faz suave y al músculo flácido o para procurar insensibilidad a toda la composición animal?

"Estas fueron algunas de las plácidas bendiciones que me prometí disfrutaría, cuando cometí violencia contra mí mismo al amasar toda mi fuerza y leerlo a usted. Pero todas ellas me desilusionaron y la campanada de las once en punto de la mañana es todavía tan terrible para mí como antes, y ponerme la ropa todavía me parece tan punzante y laborioso. ¡Oh, qué nuestro clima permitiera aquella desnudez original que los muy felices indios disfrutan hasta hoy! ¡Cuántas horas indolentes dejaría pasar, calentado en la cama por los gloriosos rayos del sol, si pudiera, como ellos, desaparecer de ahí en el instante en que la necesidad me obliga a soportar el tormento de ponerme de pie!

"Pero, ¿por qué razón le hablo a usted de asuntos de tan delicada naturaleza? ¡Usted que parece tan ignorante de los deleites incomunicables del sillón individual, acompañado de un suave banquillo para elevar los pies! Así, vacío de pensamientos, me regodeo durante el día.

"Usted puede definir la felicidad como le plazca. Yo suscribo la opinión que la define como la ausencia de dolor. Reflexionar es dolor. Inquietarse es dolor. Por eso, yo jamás reflexiono o me inquieto a menos de que no pueda evitarlo. Quizá llamará a mi esquema de vida 'indolencia', y consecuentemente pensará que *El ocioso* está exento de reparar en mí; pero yo siempre he visto a la indolencia y al ocio como la misma cosa y deseo que de vez en cuando, usted que se profesa parte de nuestra fraternidad, repare en mí y en otros en mi situación que creen que tienen derecho a recibir su ayuda. O abandone ese nombre.

"Puede publicar, quemar o destruir esto, según el humor en el que esté; son diez para la una pero ya olvidé lo que escribí, aun antes de que le llegue a usted. Creo que encontrará un epígrafe para esto en Horacio, pero no puedo alcanzarlo sin levantarme de mi silla; esa es razón suficiente para no ponerle ninguno. Y al saberme obligado a sentarme derecho para poder tocar la

campanilla y llamar a mi sirviente que llevará esto al correo, no dejo pasar la oportunidad ahora que está él en el cuarto y aquí, abruptamente, termino."[5]

Este corresponsal, quienquiera que sea, no debe ser descartado sin alguna muestra de aprecio. No hay señal más inequívoca de un ocioso genuino que la inquietud sin molestia y la queja sin agravio.

Aún así, mi gratitud con el colaborador de media columna no puede dominar completamente a mi sinceridad. Debo informarle que, con todo y sus pretensiones, él, que me pide instrucciones para ser ocioso, está todavía en los rudimentos del ocio y no ha logrado ni la práctica ni la teoría del dispendio de vida. La verdadera naturaleza del ocio la conocerá con el tiempo, al persistir en él. Virgilio nos cuenta de un ser impetuoso y veloz que adquiere fuerza a través del movimiento. El ocioso adquiere peso al permanecer inmóvil.

La *vis inertiae* —la capacidad de resistir todos los impulsos externos— crece con cada hora. Las incansables y molestas facultades de atención y discriminación, reflexión acerca del pasado y preocupación por el futu-

[5] Enviada por un corresponsal anónimo.

ro, gracias a la sostenida indulgencia del ocio, como velas en el aire quieto, se consumirán gradualmente; y el amante oficioso, el soldado vigilante, el ocupado comerciante, pueden, por medio de una cuidadosa contención mental, alcanzar un estado similar al de la materia bruta y retendrán la conciencia de su propia existencia sólo gracias a una languidez sorda y un adormilado descontento.

Ésta es la más baja escala a la que pueden descender los proclives al ocio. Estas regiones de quietud desencantada son accesibles sólo para unos cuantos. De aquellos que están preparados para sumirse en su propia sombra, algunos son movidos a la actividad por la avaricia o la ambición, algunos son avivados por la voz de la fama, otros tentados por la sonrisa de la belleza y muchos impedidos por las importunaciones de la necesidad. De todos los enemigos del ocio, la necesidad es el que más impresiona. La fama pronto se revela como una charca, y el amor un sueño; de la avaricia y la ambición se puede sospechar que están en colusión con el ocio, porque después de proteger a sus devotos, los llevan a terminar sus vidas bajo el domino de éste último. La necesidad siempre lucha contra el ocio, pero con frecuencia la necesidad es vencida y cada hora muestra al observador

cuidadoso a aquellos que prefieren vivir con lasitud que en la abundancia.

Tan vasta es la región del ocio y tan poderosa su influencia. Pero no entrega todos sus dones de inmediato. Mi corresponsal, quien parece, con todos sus errores, digno de consejo, debe saber que está clamando con demasiada premura por la última explosión de total insensibilidad.

A pesar de lo que le hayan enseñado a creer ciertos ociosos incompetentes, se necesita esfuerzo para iniciarse en el ocio. Aquel que nunca se esfuerza puede conocer los dolores del ocio, pero no su placer. El confort está en que, si se avoca a la insensibilidad, diariamente incrementará los intervalos de ocio y reducirá los del esfuerzo hasta que por fin podrá tumbarse a descansar y nunca más importunará al mundo o a sí mismo por el frenesí o la competencia.

De este modo he intentado darle la información que, quizá, después de todo, no estaba buscando. Porque un verdadero ocioso algunas veces pide aquello que sabe que jamás tendrá y hace preguntas que no desea que sean respondidas.

Samuel Johnson (Lichfield, Inglaterra, 1709–Londres, 1784) fue el moralista más escuchado de su tiempo; por consecuencia, el más controvertido de los críticos. Ensayista natural y lexicógrafo por desesperación —se impuso la tarea de crear en solitario el *Diccionario de la lengua inglesa* para fijar un inglés aún demasiado volátil—, el también llamado Dr. Johnson fue un notorio perezoso a la hora de escribir: su obra es vasta pero su velocidad siempre fue cuestionable. Quizá por padecer el síndrome de Tourette —esa enfermedad llena de tics y movimientos involuntarios—, supo siempre que el paraíso está en permanecer en reposo. Entre sus escritos más recordados están sus colaboraciones para *The Rambler* y *The Idler*, en las que quiso continuar la tradición ensayística comenzada por Joseph Addison y Richard Steele en *The Spectator.* El par de ensayos que aquí presentamos fue traducido por Pablo Duarte.

CONTRA LOS APOLOGISTAS DEL TRABAJO

FRIEDRICH NIETZSCHE

En la glorificación del trabajo, en los discursos ineludibles sobre las bondades del trabajo, veo la misma secreta intención que en los elogios de los actos impersonales y de interés general: el miedo secreto a todo lo individual. Se comprende ahora muy bien, al contemplar el espectáculo del trabajo —es decir, de esa actividad ardua que se extiende de la mañana a la noche—, que no hay mejor policía, pues sirve de freno a cada uno de nosotros y contribuye a que se detenga el desenvolvimiento de la razón, de los apetitos y de los deseos de independencia. El trabajo gasta la fuerza nerviosa en proporciones extraordinarias y priva de esa fuerza a la reflexión, a la meditación, a los ensueños, a los cuidados, al amor y al odio; nos pone delante de los ojos un fin siempre vano, y recompensa con satisfacciones fáciles y del todo comunes. Una sociedad que trabaja rudo y sin descanso gozará de

la mayor seguridad, que es lo que el presente adora como si se tratara de una divinidad suprema. Pero lo crucial (¡oh terror!) es que el trabajador es precisamente quien se ha vuelto peligroso. Los individuos peligrosos son legión, y detrás de ellos está el peligro de peligros: el *individuum*.

Trabajo y aburrimiento

Lo que actualmente identifica a casi todos los hombres en los países civilizados es que deben buscar trabajo porque necesitan el salario. Para todos ellos el trabajo es un medio y no un fin en sí mismo; por eso son poco sutiles en la elección del trabajo que realizarán, con tal de que redunde en una ganancia considerable. Ahora bien, son escasos los hombres que prefieren morir de inanición antes que dedicarse *sin placer* a su trabajo: aquellos hombres selectivos, difíciles de satisfacer, a los que no los contenta una ganancia abundante, cuando el trabajo mismo no es la ganancia de todas las ganancias. A este raro género de hombres pertenecen los artistas y contemplativos de todo tipo, pero también aquellos aficionados al ocio cuya vida transcurre entregados a la caza,

los viajes, las conquistas amorosas y la aventura. Ellos aceptan el trabajo y la penuria, con tal de que estén asociados al placer; e incluso, de ser necesario, están dispuestos a realizar el trabajo más pesado. En caso de que esto no suceda, son de una decidida indolencia, aun cuando esta indolencia se acompañe de penurias, deshonor, riesgos para la salud y la vida. No temen tanto al aburrimiento como al trabajo sin placer; en realidad, requieren de mucho aburrimiento si es que aspiran a tener algún éxito en *su clase* de trabajo. Para el pensador y para todos los espíritus sensibles, el aburrimiento equivale a ese desapacible "amainar del viento" que precede a los viajes afortunados y las corrientes alegres; es preciso que lo tolere, tiene que *esperar* que produzca en él su efecto —¡eso es justamente lo que los seres más humildes jamás pueden conseguir de sí mismos! Ahuyentar a como dé lugar el aburrimiento es una vulgaridad, como es una vulgaridad trabajar sin placer. Tal vez el oriental se distingue del europeo en que es capaz de una tranquilidad más dilatada y profunda; incluso sus *narcotica* actúan lentamente y requieren paciencia, en contraste con la fastidiosa instantaneidad del veneno europeo: el alcohol.

Ocio y desocupación

En la sangre de los indios de Norteamérica hay un fiereza característica que se refleja en la manera en que anhelan el oro. Su jadeante diligencia para el trabajo —el auténtico vicio del Nuevo Mundo— comienza ya a contagiar de esa fiereza a la vieja Europa, y a hacer que se expanda por toda ella una falta de reflexión sin duda sorprendente. Hoy se ha llegado al exceso de avergonzarnos del reposo; una larga meditación casi produce remordimientos de conciencia. Se razona con el reloj en la mano, del mismo modo que el almuerzo del mediodía transcurre con un ojo puesto en la bolsa de valores. Se vive con la continua sensación de que "podríamos estar perdiendo algo". "Es preferible hacer cualquier cosa antes que nada" —también esta máxima es una cuerda con la que se puede ahorcar toda cultura y todo gusto superior. Y así como es evidente que todas las formas se desdibujan ante la prisa de los que trabajan, así se desdibuja también el sentimiento por la forma misma, el oído y el ojo para la melodía de los movimientos. La prueba de lo anterior está en la tosca *sencillez* que hoy se exige en todos lados, en aquellas situaciones en que un hombre quiere pasar el rato con total honestidad con otro

hombre, en el trato con los amigos, mujeres parientes, niños, maestros, alumnos, líderes y príncipes. Ya no se tiene tiempo ni vigor para las ceremonias, para el pacto contraído con los circunloquios, para el espíritu de la conversación y, en general, para toda forma de *otium*. Pues la existencia, convertida en una cacería del beneficio, obliga sin cesar a que el propio espíritu se gaste hasta el agotamiento en disimularse, engañar o anticiparse: ahora la auténtica virtud es hacer las cosas en menos tiempo que los demás. De esta manera es que se han vuelto escasas las horas que se *permite* la honestidad; pero como al llegar esas horas uno ya está cansado, no es suficiente con sólo "dejarse ir", sino que uno procura *estirarse* a todo lo largo y ancho, desparpajadamente. Las cartas, cuyo estilo y espíritu serán siempre el genuino "signo de los tiempos", se escriben de acuerdo a esta tendencia. Si es que aún perdura un disfrute en la sociabilidad y las artes, se parece al disfrute del que disponen los esclavos que han trabajado hasta la extenuación. ¡Cuán sobria es la "felicidad" de nuestros hombres, ya sean cultos o incultos! ¡Y esta creciente sospecha frente a toda alegría! Cada vez más las buenas conciencias se ponen del lado del trabajo; la inclinación a la alegría ha cambiado de nombre y, confundida con "la necesidad de

reposo", empieza a avergonzarse ante sí misma. Cuando uno es sorprendido en un día de campo, no tarda en aclarar que "uno es responsable de su salud". Las cosas podrían llegar tan lejos que pronto nadie se abandonará al impulso hacia la *vita contemplativa* (es decir, hacia los paseos reflexivos y con amigos) sin autodesprecio y mala conciencia.

Ahora bien, ¡en la antigüedad sucedía todo lo contrario! Era el trabajo el que cargaba consigo la mala conciencia. Cuando la penuria orillaba a un hombre de buen linaje a trabajar, se empeñaba en *ocultarlo*. El esclavo trabajaba bajo el yugo de sentir que hacía algo despreciable —el "hacer" mismo era algo despreciable. "La distinción y el honor están sólo en el *otium* y el *bellum*, en el ocio y la guerra": ¡así sonaba la voz de la opinión antigua!

FRIEDRICH NIETZSCHE (Röcken, Alemania, 1844–Weimar, 1900) abandonó muy pronto la cátedra de filología clásica en la Universidad de Basilea para dedicarse de lleno a la filosofía, fundamentalmente bajo el influjo de Schopenhauer. Esa renuncia fue una más de las muchas que hizo en su vida. En 1870 rechazó la nacionalidad alemana, después de haber criticado ferozmente la moral de su tiempo. Admiró a Wagner y luego lo detestó. De Hegel tomó la idea de la dialéctica del amo y el esclavo, para entonces defender una moral de espíritus libres. Cuestionó el recurso de apelar a ideas trascendentes —Dios, Más Allá, Progreso—, a las que opuso una forma descarnada de nihilismo. Abjuró de la argumentación y se refugió en el destello intempestivo del aforismo. Al final de su vida, quizá enfermo de sífilis, terminó por renunciar también a la razón.

Los aforismos que aquí se publican fueron seleccionados de los libros *Aurora* y *La gaya ciencia*. La traducción es de Luis Klein.

ELOGIO DE LA HOLGAZANERÍA

BERTRAND RUSSELL

Como a la mayoría de mis contemporáneos, me educaron en el espíritu del refrán: "El diablo encuentra trabajo para las manos que no hacen nada." Como fui un niño muy virtuoso, creí todo cuanto me dijeron y adquirí una conciencia que me ha hecho trabajar intensamente toda mi vida. Aunque mi conciencia ha controlado mis actos, mis opiniones se han sublevado. Me parece que se ha trabajado demasiado en el mundo y que la fe en las virtudes del trabajo ha causado muchos estragos; lo que hay que predicar en los países industrializados modernos es muy distinto de lo que siempre se ha propagado. Todo el mundo conoce la historia del viajero que se encontró en Nápoles con doce mendigos tumbados al sol —antes de Mussolini— y ofreció una lira al más perezoso. Once de ellos se levantaron de un salto para reclamarla, así que se la dio al décimo segundo. El viajero hizo lo correcto. Pero para los países

que no disfrutan del sol del Mediterráneo la ociosidad es más difícil y, para promoverla, se requeriría desplegar una gran propaganda. Espero que después de haber leído las páginas que siguen los dirigentes de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) orquesten una campaña para inducir a los jóvenes a no hacer nada. Si es así, no habré vivido en vano.

Antes de exponer mis propios argumentos a favor de la holgazanería, debo refutar uno que no puedo aceptar. Cuando una persona que ya dispone de lo suficiente para vivir se propone ocuparse en algún trabajo diario, como la enseñanza o la mecanografía, se dice que tal conducta quita el pan de la boca a otros y que es, por lo tanto, inicua. Si este argumento fuera válido, bastaría que todos fuéramos ociosos para tener la boca llena de pan. Los partidarios de este argumento olvidan que un hombre suele gastar lo que gana y al hacerlo genera empleo. Mientras un hombre gaste sus ingresos, pone tanto pan en las bocas de los demás como se los quita al ganar. Desde este punto de vista, el verdadero malvado es el hombre que ahorra. Si se limita a meter sus ahorros en un calcetín, como el proverbial campesino francés, es evidente que no genera empleo. Si invierte sus ahorros, la cuestión es menos obvia y se suscitan diferentes casos.

Una de las cosas que con más frecuencia se hace con los ahorros es prestarlos a algún gobierno. En vista de que el grueso del gasto público de la mayor parte de los gobiernos civilizados consiste en el pago de deudas por guerras pasadas o en la preparación de guerras futuras, el hombre que presta su dinero a un gobierno se halla en la misma situación que el malvado personaje de Shakespeare que contrata asesinos. El resultado estricto de los hábitos financieros del hombre es el incremento de las fuerzas armadas del Estado al que presta sus ahorros. Resulta evidente que sería mejor que gastara el dinero, aun cuando lo gastara en bebida o en juego.

Algunos argumentarán, sin embargo, que el caso es absolutamente distinto cuando los ahorros se invierten en empresas industriales. Cuando tales empresas son exitosas y producen algo útil, resulta admisible. Pero en nuestros días nadie negará que la mayoría de las empresas fracasan. Esto significa que una gran cantidad de trabajo humano, que bien hubiera podido emplearse en algo susceptible de disfrute, se desperdició en la fabricación de máquinas que, una vez construidas, permanecen paradas y no benefician a nadie. Por ende, el hombre que invierte sus ahorros en un negocio que quiebra, perjudica a los demás tanto como a sí mismo. Si gasta su dinero

—digamos— en organizar fiestas para sus amigos, éstos —esperemos— se divertirán, al tiempo que se beneficiarán todos aquellos con quienes gastó su dinero, como el carnicero, el panadero y el contrabandista de alcohol. Pero si lo gasta, por ejemplo, en tender rieles para tranvías en un lugar donde los tranvías resultan innecesarios, habrá desviado un considerable volumen de trabajo por caminos en los que no dará placer a nadie. Sin embargo, cuando se empobrezca por el fracaso de su inversión, se le considerará víctima de una desgracia inmerecida, mientras que al alegre derrochador, que gastó su dinero filantrópicamente, se le despreciará por tonto y frívolo.

Lo anterior es sólo preliminar. Quiero defender, con toda seriedad, que la fe en las virtudes del trabajo está causando mucho daño en el mundo moderno y que el camino hacia la felicidad y la prosperidad pasa por una reducción organizada del trabajo.

Antes que nada, ¿qué es el trabajo? Hay dos clases de trabajo; la primera: modificar la disposición de la materia que se encuentra en, o cerca de, la superficie de la Tierra, a partir de otra materia dada; la segunda: ordenar a otros que lo hagan. La primera es desagradable y está mal remunerada; la segunda es agradable y muy bien pagada.

Esta segunda clase puede extenderse indefinidamente: no sólo están los que dan órdenes, sino también los que asesoran acerca de qué órdenes deben darse. En general, dos grupos de hombres organizados dan al mismo tiempo dos clases opuestas de indicaciones; esto se llama política. Para esta clase de trabajo no se requiere saber de los temas acerca de los cuales se dará consejo, sino de las artes retóricas para hablar y escribir de manera persuasiva, es decir, del arte de la propaganda.

En Europa, aunque no en los Estados Unidos, hay una tercera clase de hombres, más respetada que cualquiera de las clases trabajadoras. Hombres que, gracias a la propiedad de la tierra, están en condiciones de hacer que otros les paguen por el privilegio de subsistir y trabajar. Estos terratenientes son gente ociosa y, por ello, sería de esperarse que aquí los elogiara. Por desgracia, su ociosidad sólo resulta posible gracias al trabajo de otros; y en realidad, su deseo de cómoda holgazanería es la fuente histórica de todo el evangelio del trabajo. Lo último que ellos podrían desear es que otros siguieran su ejemplo.

Desde el comienzo de la civilización hasta la Revolución Industrial, un hombre podía, por lo general, producir, trabajando arduamente, poco más de lo imprescindible para su propia subsistencia y la de su fami-

lia, aun cuando su mujer trabajara al menos tan duro como él, y sus hijos contribuyeran en cuanto cumplieran la edad necesaria para ello. El pequeño excedente sobre lo estrictamente necesario no se dejaba en manos de quienes lo producían, sino que se lo apropiaban los guerreros y los sacerdotes. En tiempos de hambruna no había excedente; pero los guerreros y los sacerdotes guardaban de cualquier modo reservas como en otros tiempos, sin importar que muchos de los trabajadores murieran de hambre. Este sistema perduró en Rusia hasta 1917 (desde entonces, los miembros del Partido Comunista han heredado los privilegios de los guerreros y sacerdotes) y todavía perdura en Oriente; en Inglaterra, a pesar de la Revolución Industrial, se mantuvo en plenitud durante las guerras napoleónicas y hasta hace cien años, cuando la nueva clase industrial adquirió poder. En los Estados Unidos, el sistema terminó con la Independencia, excepto en el sur, donde sobrevivió hasta la Guerra Civil. Un sistema que se prolongó tanto tiempo y que terminó hace tan poco dejó, como es natural, una huella profunda en los pensamientos y opiniones de los hombres. Buena parte de lo que damos por sentado acerca de las bondades del trabajo deriva de ese sistema, que, al ser preindustrial, no se ajusta al mundo moderno. La técnica moder-

na ha hecho posible que el ocio, dentro de ciertos límites, no sea la prerrogativa de las pequeñas clases privilegiadas, sino un derecho equitativo de toda la comunidad. La moral del trabajo es la moral del esclavo, pero el mundo moderno ya no tiene necesidad de esclavitud.

Es evidente que, en las comunidades primitivas, los campesinos, si estuvieran en condiciones de elegir, no habrían entregado el escaso excedente de su trabajo a los guerreros y sacerdotes, sino que habría producido menos o consumido más. Al principio, producían y entregaban el excedente por coacción. Gradualmente, sin embargo, resultó posible persuadir a muchos de ellos para que aceptaran una ética según la cual era su deber trabajar intensamente, aunque ello implicara mantener a otros que permanecían ociosos. De este modo, el aparato de sujeción se fue reduciendo y los gastos de gobierno disminuyeron. En nuestros días, el noventa y nueve por ciento de los asalariados británicos se sorprenderían si se les dijera que el rey no debería tener ingresos mayores que los de un trabajador. En términos históricos, el concepto de deber ha sido un medio empleado por los poderosos para inducir a los demás a vivir para el interés de sus amos más que para el suyo propio. Sobra decir que quienes detentan el poder ocultan este hecho aun ante sí mis-

mos, y se las arreglan para creer que sus intereses coinciden con las más altos intereses de la humanidad. A veces esto es cierto; los atenienses dueños de esclavos, por ejemplo, empleaban parte de su tiempo libre en hacer una contribución permanente a la civilización, que hubiera sido imposible bajo un sistema económico justo. El tiempo libre es esencial para la civilización y, en épocas pasadas, sólo el trabajo de los más hacía posible el tiempo libre de los menos. Pero el trabajo era valioso porque contribuía al ocio, no porque en sí fuera bueno. Y ahora la técnica moderna ha hecho factible que el ocio se distribuya equitativamente, sin menoscabo para la civilización.

Gracias a la técnica moderna podría reducirse considerablemente la cantidad de trabajo necesaria para asegurar que todos tengan lo imprescindible. Esto se hizo evidente durante la Segunda Guerra Mundial. En aquel entonces, todos los miembros de las fuerzas armadas, todos los hombres y mujeres ocupados en la fabricación de municiones, todos los hombres y mujeres dedicados al espionaje, a hacer propaganda bélica o que se desempeñaban en las oficinas militares, quedaron al margen de las labores productivas. A pesar de ello, el nivel general de bienestar material entre los asalariados no especializados de las naciones aliadas fue más alto que antes

y que después. La importancia de este hecho quedó encubierto por las finanzas: los préstamos creaban el espejismo de que el futuro estaba alimentando el presente. Pero esto, desde luego, era imposible; un hombre no puede comerse una rebanada de pan que aún no existe. La guerra demostró de modo concluyente que la organización científica de la producción permite que la población moderna goce de un bienestar considerable con sólo una pequeña parte de la capacidad de trabajo mundial. Si la organización científica (concebida para permitir que algunos hombres lucharan y fabricaran municiones) se hubiera mantenido después de la guerra, y se hubiera reducido a cuatro horas la jornada laboral, todo habría marchado perfectamente. En lugar de ello, se restauró el viejo caos: aquellos cuyo trabajo era necesario se vieron obligados a trabajar largas horas, y al resto se le condenó a morir de hambre por falta de empleo. ¿Por qué? Porque el trabajo es un deber, y un hombre no debe recibir sueldos proporcionales a lo que ha producido, sino proporcionales a su virtud, demostrada por su laboriosidad.

Esta es la moral del Estado esclavista, aplicada en circunstancias completamente distintas de aquellas en las que se gestó. No es extraño que el resultado sea desastroso. Tomemos un ejemplo. Supongamos que cierto núme-

ro de personas trabaja en la manufactura de alfileres. Digamos que en ocho horas diarias hacen tantos alfileres como los que el mundo necesita. Alguien inventa un método con el cual el mismo número de personas puede duplicar el número de alfileres que hacía antes. Pero el mundo no necesita duplicar ese número de alfileres: los alfileres son ya tan baratos que difícilmente podría venderse uno más a un precio inferior. En un mundo sensato, todos los implicados en la fabricación de alfileres trabajarían cuatro horas en lugar de ocho, y todo lo demás continuaría como antes. Pero en el mundo real esto se juzgaría desmoralizador. Los hombres siguen trabajando ocho horas; hay demasiados alfileres; algunos patronos quiebran y la mitad de los hombres antes empleados en la fabricación de alfileres son despedidos y quedan sin trabajo. Al final, hay tanto tiempo libre como en el otro plan, pero la mitad de los hombres están absolutamente inactivos, mientras la otra mitad trabaja demasiado. De este modo queda asegurado que el inevitable tiempo libre produzca miseria por todas partes, en lugar de ser una fuente de felicidad universal. ¿Puede imaginarse algo más insensato?

La idea de que el pobre deba disponer de tiempo libre siempre ha sido escandalosa para los ricos. En Inglaterra, a principios del siglo XIX, la jornada laboral de

un adulto era de quince horas; a veces los niños hacían la misma jornada, pero por lo general trabajaban doce horas al día. Cuando algunos entrometidos señalaron que quizá tal cantidad de horas fuera excesiva, se argumentó que el trabajo aleja a los adultos de la bebida y a los niños del mal. Cuando era niño, poco después de que la clase trabajadora urbana hubiera adquirido el voto, se establecieron por ley algunos días festivos, con gran indignación de las clases altas. Recuerdo haber oído decir a una anciana duquesa: "¿Para qué quieren vacaciones los pobres? Deberían *trabajar*." Hoy las personas no son tan directas, pero el sentimiento persiste, y es la fuente de gran parte de nuestra confusión económica.

Consideremos por un momento —francamente y sin superstición— la ética del trabajo. Todo ser humano, por necesidad, consume en el curso de su vida cierta cantidad del producto del trabajo humano. Si aceptamos que el trabajo es, en general, desagradable, resulta injusto que un hombre consuma más de lo que produce. Por supuesto, puede prestar algún servicio en vez de producir artículos de consumo, como en el caso de un médico, por ejemplo; pero algo ha de aportar a cambio de su manutención y alojamiento. Para este propósito, el deber de trabajar tiene sentido; pero solamente para este propósito.

No insistiré en el hecho de que, en todas las sociedades modernas —aparte de la Unión Soviética—, mucha gente elude aun esta mínima cantidad de trabajo; me refiero a todos aquellos que heredan dinero y a todos aquellos que se casan por dinero. No creo que el hecho de que se les consienta permanecer ociosos sea tan perjudicial como el que se espere que los asalariados trabajen en exceso o que mueran de hambre.

Si el asalariado promedio trabajara cuatro horas al día, el trabajo alcanzaría para todos y no habría desempleo —suponiendo que existiera una organización moderada. Esta idea escandaliza a los ricos porque están convencidos de que el pobre no sabría cómo emplear tanto tiempo libre. En Estados Unidos, los hombres suelen trabajar largas horas, aun cuando ya viven con comodidad; estos hombres, obviamente, se indignan ante la idea del tiempo libre de los asalariados, excepto bajo la forma del inflexible castigo del desempleo; en realidad, les disgusta el ocio aun para sus hijos. Y, lo que es bastante extraño, mientras desean que sus hijos trabajen tanto que no les quede tiempo para educarse, no les importa que sus mujeres y sus hijas no tengan ningún trabajo en absoluto. La atracción esnob por la inutilidad, que en una sociedad aristocrática abarca a los dos sexos,

queda, en una plutocracia, limitada a las mujeres; ello, sin embargo, no las pone en una situación más acorde con el sentido común.

Debemos admitir que el empleo sabio del tiempo libre es producto de la civilización y la educación. Un hombre que ha trabajado largas horas durante toda su vida se aburrirá si queda súbitamente inactivo. Pero si no cuenta con una cantidad considerable de tiempo libre, ese hombre se habrá privado de muchas de las mejores cosas de la vida. Y ya no hay razón para que el grueso de la gente tenga que sufrir tal privación; sólo un terco ascetismo, generalmente vicario, nos lleva a la necedad de trabajar en exceso, ahora que ya no es necesario.

En el nuevo credo dominante en el gobierno ruso, así como hay muchas cosas diferentes de la tradicional enseñanza de Occidente, hay algunas otras que no han cambiado en absoluto. La actitud de las clases gobernantes, y en especial de aquellas que dirigen la propaganda educativa respecto al tema de la dignidad del trabajo, es casi la misma que las clases gobernantes de todo el mundo han predicado desde siempre a los llamados "pobres honrados". Laboriosidad, sobriedad, buena voluntad para trabajar largas horas a cambio de ventajas intangibles, incluso sumisión a la autoridad... todo rea-

parece; por añadidura, la autoridad todavía representa la voluntad del Soberano del Universo, quien ahora recibe un nuevo nombre: materialismo dialéctico.

La victoria del proletariado en Rusia tiene algunos puntos en común con la victoria de las feministas en otros países. Durante siglos, los hombres han admitido la santidad superior de las mujeres, y las han consolado por su inferioridad afirmando que la santidad es más deseable que el poder. Finalmente, las feministas decidieron tener las dos cosas, ya que entre sus precursoras había las que creían todo lo que los hombres les habían dicho acerca de lo apetecible de la virtud, pero no lo que les habían dicho acerca de la inutilidad del poder político. Una cosa semejante ha ocurrido en Rusia en lo que se refiere al trabajo manual. Durante siglos, los ricos y sus mercenarios han elogiado el trabajo honrado, han alabado la vida sencilla, han profesado una religión que enseña que es mucho más probable que vayan al cielo los pobres que los ricos y, en general, han tratado de hacer creer a los trabajadores manuales que hay cierta nobleza particular en modificar la materia, tal y como los hombres trataron de hacer creer a las mujeres que obtendrían cierta nobleza de su esclavitud sexual. En Rusia, todas estas enseñanzas acerca de la excelencia del trabajo

manual se han tomado en serio, con el resultado de que al trabajador se le honra más que a nadie. En esencia, se hacen llamamientos a la resurrección de la fe, pero no con los antiguos propósitos: esta vez para asegurar a los "trabajadores de choque" en tareas especiales.[1] El trabajo manual es el ideal que se propone a los jóvenes, y es la base de toda enseñanza ética.

En la actualidad, posiblemente todo esto sea para bien. Un país grande, lleno de recursos naturales, espera el desarrollo, y ha de desarrollarse haciendo un uso muy escaso del crédito. En tales circunstancias, el trabajo duro es necesario, y cabe suponer que reportará una gran recompensa. Pero, ¿qué sucederá cuando se alcance el punto en que todo el mundo pueda vivir cómodamente sin trabajar muchas horas?

En Occidente tenemos varias maneras de tratar este problema. No aspiramos a la justicia económica; de modo que una gran proporción del producto total va a parar a manos de una pequeña minoría de la población, muchos

[1] El término *shock workers* (*udarniki*), surgió durante la Revolución rusa para referirse a trabajadores que realizaban tareas pesadas y urgentes. Sin embargo se popularizó al punto de que terminó por designar a todos los empleados u obreros que trabajaran más allá de su salario y jornadas laborales reglamentarios. (N. del t.)

de cuyos miembros no trabajan en absoluto. Por ausencia de todo control centralizado de la producción, fabricamos multitud de cosas que no hacen falta. Mantenemos inactivo a un alto porcentaje de la población trabajadora, ya que podemos prescindir de su labor haciendo trabajar en exceso a los demás. Cuando todos estos métodos demuestran ser inadecuados, tenemos una guerra: mandamos a un cierto número de personas a fabricar explosivos de alta potencia y a otro número determinado a hacerlos estallar, como si fuéramos niños que acabáramos de descubrir los fuegos artificiales. Con una combinación de todos estos artificios nos las arreglamos, aunque con dificultad, para mantener viva la noción de que el hombre medio debe realizar una gran cantidad de duro trabajo manual.

En Rusia, debido a una mayor justicia económica y al control centralizado de la producción, el problema tiene que resolverse de forma distinta. La solución racional sería, tan pronto como se pudieran asegurar las necesidades y las comodidades elementales para todos, reducir gradualmente las horas de trabajo, dejando que se decidiera por votación popular, en cada nivel, la preferencia por más ocio o por más bienes. Pero, habiendo enseñado la suprema virtud del trabajo intenso, es difícil ver cómo

pueden aspirar las autoridades a un paraíso en el que haya mucho tiempo libre y poco trabajo. Parece más probable que sigan encontrando nuevos proyectos en nombre de los cuales la ociosidad presente haya de sacrificarse ante la productividad futura. Recientemente he leído acerca de un ingenioso plan propuesto por ingenieros rusos para hacer que el Mar Blanco y las costas septentrionales de Siberia se calienten, construyendo un dique a lo largo del mar de Kara. Un proyecto admirable, pero capaz de posponer el bienestar proletario por toda una generación, tiempo durante el cual la nobleza del trabajo sería proclamada en los campos helados y entre las tormentas de nieve del océano Ártico. Esto, si sucede, será el resultado de considerar la virtud del trabajo intenso como un fin en sí mismo, más que como un medio para alcanzar un estado en el cual tal trabajo ya no fuera necesario.

El hecho es que mover materia de un lado a otro, aunque en cierta medida sea necesario para nuestra existencia, no es, bajo ninguna circunstancia, uno de los fines de la humanidad. Si lo fuera, tendríamos que considerar que cualquier jornalero es superior a Shakespeare. Esta cuestión nos ha llevado a conclusiones erradas por dos motivos: uno es la necesidad de tener contentos a los pobres, que han impulsado a los ricos durante miles de años

a reivindicar la dignidad del trabajo, aunque teniendo buen cuidado de mantenerse indignos a este respecto; el otro es el nuevo placer de la mecanización, que nos hace deleitarnos con los cambios tan asombrosos que podemos producir en la superficie de la Tierra. Pero ninguno de estas causas tiene gran atractivo para el que trabaja en serio. Si se le preguntara qué parte de su vida le gusta más, es poco probable que responda: "Me agrada el trabajo físico porque me hace sentir que estoy cumpliendo la más noble de las tareas del hombre y porque me gusta pensar en lo mucho que el hombre puede transformar su planeta. Es cierto que mi cuerpo exige periodos de descanso, que tengo que brindarle de la mejor manera, pero nunca soy tan feliz como cuando llega la mañana y puedo volver a la faena de la que nace mi alborozo." Nunca he oído decir estas cosas a los trabajadores. Consideran el trabajo como debe ser considerado: un medio necesario para ganarse el sustento y, sea cual fuere la felicidad a su alcance, la obtienen en sus horas de ocio.

Podrá decirse que mientras que un poco de ocio es agradable, los hombres no sabrían cómo llenar sus días si sólo trabajaran cuatro horas al día. En la medida en que esto sea cierto en el mundo moderno, resulta una condena de nuestra civilización; esto jamás habría ocurrido en ninguna otra época. Antes había una capacidad para la alegría

y los juegos que, hasta cierto punto, ha sido inhibida por el culto a la eficiencia. El hombre moderno piensa que todo debería hacerse por alguna razón determinada, y nunca como un fin en sí mismo. Las personas solemnes, por ejemplo, critican continuamente el hábito de ir al cine, y nos dicen que induce a los jóvenes al delito. Pero todo el trabajo necesario para construir un cine es respetable, porque es trabajo y porque produce beneficios económicos.

La noción de que las actividades loables son las que producen dinero lo ha puesto todo de cabeza. El carnicero que nos provee de carne y el panadero que nos provee de pan son merecedores de elogio porque ganan dinero; pero cuando disfrutamos del alimento que nos suministran, no somos sino unos frívolos, a menos que comamos tan sólo para reponer las energías necesarias para nuestro trabajo. En sentido amplio, se sostiene que ganar dinero es bueno mientras que gastarlo es malo. Teniendo en cuenta que son dos aspectos de la misma transacción, es absurdo; de manera análoga podríamos sostener que las llaves son buenas, pero los ojos de las cerraduras son malos. Cualquiera que sea el mérito de la producción de bienes, debe derivar enteramente de la ventaja que se obtenga al consumirlos. El individuo, en nuestra socie-

dad, trabaja por un beneficio, pero el propósito social de su trabajo radica en el consumo de lo que produce. Este divorcio entre los propósitos individuales y los sociales alrededor de la producción hace que nos resulte tan difícil pensar con claridad en un mundo en el que la obtención de beneficios, y no de ganancias, es el incentivo de la industria. Pensamos demasiado en la producción y muy poco en el consumo. Una consecuencia de ello es que casi no concedemos importancia al goce y a la felicidad sencilla; no juzgamos la producción por el placer que da al consumidor.

Cuando propongo que la jornada de trabajo se reduzca a la mitad, no quiero decir que todo el tiempo restante deba malgastarse en frivolidades. Pretendo afirmar que cuatro horas de trabajo al día deberían dar derecho a un hombre a los artículos de primera necesidad y a las comodidades elementales en la vida, y que el resto de su tiempo debería ser suyo, a fin de que lo emplee como juzgue conveniente. Un aspecto básico de este tipo de sistema social es que la educación dé un paso más y se dirija, al menos en parte, a despertar aficiones que capaciten al hombre para usar su tiempo libre con inteligencia. No tengo en mente esa clase de cosas que pudieran considerarse "pedantes". Las danzas campesinas han muerto,

excepto en remotas regiones rurales, pero los impulsos que las hicieron posibles deben de existir todavía en la naturaleza humana. Los placeres urbanos han llevado a la mayoría de la población a la pasividad: ver películas o partidos de futbol, escuchar la radio, y así sucesivamente. Esto es así porque sus energías activas se agotan casi por completo en el trabajo; si tuvieran más tiempo libre, volverían a divertirse con juegos en los que habrían de tomar parte activa.

En el pasado, había una reducida clase ociosa y una clase trabajadora más numerosa. La primera disfrutaba de ventajas que no se fundaban en la justicia social; esto la hacía necesariamente opresiva, limitaba su compasión y la obligaba a promover teorías que justificaran sus privilegios. Todo esto disminuía su mérito, pero, a pesar de estos inconvenientes, contribuyó al desarrollo de lo que llamamos civilización. Cultivó las artes, descubrió las ciencias, escribió libros, inventó máquinas y refinó las relaciones sociales. Incluso la liberación de los oprimidos se ha gestado, generalmente, desde arriba. Sin la clase ociosa, la humanidad no habría salido de la barbarie.

El sistema de una clase ociosa hereditaria y sin obligaciones era, sin embargo, extraordinariamente ruinoso. No se había enseñado a ninguno de sus miembros a tra-

bajar, y la clase, en conjunto, no era excepcionalmente inteligente. Aunque bien pudo producir un Darwin, en contraste podrían señalarse decenas de millares de hidalgos rurales que jamás pensaron en nada más inteligente que la caza del zorro y el castigo de los cazadores furtivos. En la actualidad, se supone que las universidades proporcionan, de un modo más sistemático, lo que la clase ociosa proporcionaba al azar y como un subproducto. Esto supone un gran adelanto, pero tiene ciertos inconvenientes. La vida universitaria es, en definitiva, tan diferente de la vida real que las personas que viven en un ambiente académico tienden a desconocer las preocupaciones y los problemas de los hombres corrientes; además, sus medios de expresión suelen ser un obstáculo para que sus opiniones tengan la influencia que deberían en el público en general. Otra desventaja es que en las universidades los estudios están muy esquematizados, y es probable que quien conciba una línea de investigación original se sienta desanimado. Las instituciones académicas, por tanto, si bien son útiles, no son guardianas propicias de los intereses de la civilización en un mundo donde todos los que quedan fuera de sus muros están demasiado ocupados para fomentar y atender propósitos no utilitarios.

En un sistema donde nadie esté obligado a trabajar más de cuatro horas al día, toda persona con curiosidad científica podrá satisfacerla, y todo pintor podrá pintar sin morirse de hambre, sin importar lo maravillosos que sean sus cuadros. Los escritores jóvenes no se verán forzados a llamar la atención con alharacas y chapucerías, encaminadas a obtener la independencia económica que precisan las obras monumentales, ya que en las condiciones actuales, cuando por fin llega la oportunidad de dedicarse a ellas, han perdido el gusto y la capacidad. Los hombres que en su trabajo profesional se interesen por algún aspecto de la economía o la administración serán capaces de desarrollar sus ideas sin el distanciamiento académico, que suele evidenciar como carentes de realismo las obras universitarias. Los médicos tendrán tiempo para estar al día en los avances de su disciplina; los maestros no lucharán desesperadamente para enseñar por métodos rutinarios cosas que aprendieron en su juventud, y cuya falsedad puede haber sido demostrada desde entonces.

Sobre todo, habrá felicidad y alegría de vivir, en lugar de nervios gastados, cansancio y dispepsia. El trabajo exigido bastará para hacer del ocio algo delicioso, pero no para producir agotamiento. Puesto que los hom-

bres no estarán cansados en su tiempo libre, no se conformarán sólo con distracciones pasivas e insípidas. Es probable que al menos un uno por ciento dedique el tiempo que no le consuma su trabajo profesional a tareas de algún interés público, y, puesto que su sustento no dependerá de ellas, su originalidad no se verá estorbada y no habrá necesidad de ceñirse a las normas establecidas por los viejos eruditos.

Pero no solamente en estos casos excepcionales se manifestarán las ventajas del ocio. Los hombres y las mujeres comunes, al tener la oportunidad de una vida feliz, llegarán a ser más bondadosos y menos molestos para sus semejantes, menos inclinados a mirar a los demás con suspicacia. La afición a la guerra también desaparecerá, en parte por las razones que he expuesto y en parte porque supone un largo y pesado trabajo para todos. El buen carácter es, de todas las cualidades morales, la que más necesita el mundo, y el buen carácter es la consecuencia de la tranquilidad y la seguridad, no de una vida de lucha ardua. Los métodos de producción modernos nos han dado ya la posibilidad de la paz y la seguridad para todos; hemos elegido, en lugar de ello, el exceso de trabajo para unos y la inanición y el desempleo para otros. Hasta aquí, hemos sido tan activos como

lo éramos antes de que hubiera máquinas; en esto hemos sido unos necios, pero no hay razón para seguir siendo necios por siempre.

A pesar de su vehemente oposición al trabajo, BERTRAND RUSSELL (Gales, 1872-1970) fue uno de los pensadores más prolíficos y trabajadores del siglo pasado. Russell —Nobel de Literatura en 1950, filósofo, matemático y sociólogo— descalificó la monogamia y la homofobia; defendió el voto femenino, mantuvo una postura pacifista y fue líder del movimiento en contra de las armas nucleares, posturas que lo llevarían a prisión en un par de ocasiones.

La colección de ensayos *Elogio de la holgazanería*, de la que se desprende este texto, es mucho más que una mera instigación a no hacer nada. Escritos en 1932 —con Stalin y Mussolini en el poder, Hitler a punto de ser nombrado canciller de Alemania, y en plena recesión mundial—, Bertrand Russell condena la ética del trabajo al mismo tiempo que propone una revolución social completa. Aquí se publica la traducción de Jerónimo Plá.

Vivir a contrarreloj

Theodor W. Adorno

Horario

Pocas cosas distinguen tan profundamente la forma de vida que le correspondería al intelectual de la del burgués como el hecho de que aquél no admite la alternativa entre el trabajo y el placer. El trabajo, que —para ser justo con la realidad— no hace al sujeto del mismo todo el mal que después hará a otro, es placer aun en el esfuerzo más desesperado. La libertad que connota es la misma que la sociedad burguesa sólo reserva para el descanso a la vez que, mediante tal reglamentación, la anula. Y a la inversa: para quien sabe de la libertad, todos los placeres que esta sociedad tolera son insoportables, y fuera de su trabajo, que ciertamente incluye lo que los burgueses dejan para el término de la jornada bajo el nombre de "cultura", no puede entregarse a ningún placer distinto. *Work while you work, play while you play*: tal es una de las

reglas básicas de la autodisciplina represiva. Los padres para los que las buenas notas que su hijo traía a casa eran una cuestión de prestigio, no podrían sufrir que éste se quedara largas horas de la noche leyendo o llegara a lo que entendían por fatigarse mentalmente. Pero por su necedad hablaba el ingenio de su clase. La —desde Aristóteles— pulimentada doctrina del justo medio como la virtud conforme a la razón, es, junto a otros, un intento de fundamentar la clasificación socialmente necesaria del hombre por funciones independientes entre sí tan firmemente que nadie logre pasar de unas a otras ni acordarse del hombre. Pero es tan difícil imaginarse a Nietzsche sentado hasta las cinco a la mesa de una oficina en cuya antesala la secretaria atiende el teléfono como jugando al golf cumplido el trabajo del día. Bajo la presión de la sociedad, sólo la ingeniosa combinación de trabajo y felicidad puede aún dejar abierto el camino a la auténtica experiencia. Ésta cada vez se soporta menos. Incluso las llamadas profesiones intelectuales aparecen completamente desprovistas de placer por su similitud con el comercio. La atomización se abre paso no sólo entre los hombres, sino también dentro del individuo mismo, entre sus esferas vitales. Ninguna satisfacción puede proporcionar un trabajo que encima pierde su

modestia funcional en la totalidad de los fines, y ninguna chispa de la reflexión puede producirse durante el tiempo libre, porque de hacerlo podría saltar en el mundo del trabajo y provocar su incendio. Cuando trabajo y esparcimiento se asemejan cada vez más en su estructura, más estrictamente se los separa mediante invisibles líneas de demarcación. De ambos han sido por igual excluidos el placer y el espíritu. En uno como en otro imperan la gravedad animal y la pseudoactividad.

Vándalos

Lo que desde el surgimiento de las grandes ciudades aparecía como premura, nerviosismo, inestabilidad, se extiende ahora de un modo epidémico, como antes la peste o el cólera. Además hacen su aparición fuerzas con que los apresurados viandantes del siglo XIX no podían ni soñar. Todos tienen siempre algo que hacer. El tiempo libre hay que aprovecharlo como sea. Se hacen planes respecto a él, se invierte en empresas que hay que realizar, se lo llena con asistencias a todos los actos posibles o simplemente yendo de aquí para allá en rápidos movimientos. La sombra de todo esto se proyecta sobre el tra-

bajo intelectual. Éste se lleva a cabo con mala conciencia, como si fuese algo robado a alguna ocupación urgente, aunque sólo sea imaginaria. Para justificarse a sí mismo, el intelectual se acompaña de gestos de agotamiento, de sobreesfuerzo, de actividad contra reloj que impiden todo tipo de reflexión; que impiden, por tanto, el trabajo intelectual mismo. A menudo parece como si los intelectuales reservaran para su propia producción justamente las horas que les quedan libres de las obligaciones, de las salidas, de las citas y de las inevitables celebraciones. Es algo detestable, pero hasta cierto punto racional, la ganancia de prestigio del que puede presentarse como un hombre tan importante que le es forzoso estar en todas partes. Él estiliza su vida con un descontento intencionadamente mal representado como único *acte de presénce*. El placer con que rechaza una invitación alegando haber aceptado ya otra testimonia su triunfo en el seno de la competencia. Como en ésta, las formas del proceso de producción generalmente se repiten en la vida privada o en los ámbitos del trabajo ajenos a dichas formas. La vida entera debe parecerse a la profesión y, mediante esta apariencia, ocultar lo que no está directamente consagrado a la ganancia. Pero la angustia que ello genera es sólo un reflejo de otra más profunda. Las

innervaciones inconscientes que, más allá de los procesos del pensamiento, acompasan la existencia individual al ritmo histórico, se aperciben de la creciente colectivización del mundo. Pero como la sociedad integral no tanto supera en sí de forma positiva a los individuos como los comprime en una masa amorfa y maleable, cada individuo siente horror a ese proceso de absorción experimentado como inevitable. *Doing things and going places* es una tentativa del *censorium* de crear una forma de protección del estímulo contra la amenazadora colectivización y ensayarla justamente conduciéndose en las horas aparentemente reservadas a la libertad como un miembro de la masa. La técnica consiste aquí en evitar en lo posible el riesgo. En este sentido se vive peor —es decir, con menos Yo— de lo que sería esperable vivir. Al mismo tiempo, a través del caprichoso exceso de tareas se aprende que realmente a uno no le resulta más difícil vivir sin yo, sino más fácil. Y siempre anticipándose pues en los terremotos no se avisa. Si no se está en esa disposición, lo que quiere decir: si no se está materialmente nadando con la corriente humana, surge el temor —como cuando se entra demasiado tarde en un partido totalitario— a la desconexión y a atraerse la venganza de lo colectivo. La pseudoactividad es como un reaseguro,

la expresión de la disposición a la autorrenuncia, sólo mediante la cual se intuye la posibilidad de garantizar la autoconservación. La seguridad se insinúa en la adaptación a la extrema inseguridad. Es como un salvoconducto que en la huida le lleva a uno de la manera más rápida de un sitio a otro. En la fanática pasión por los automóviles resuena el sentimiento del desamparo físico. En la base de todo esto está lo que los burgueses solían llamar sin motivo "huida de sí mismo", del vacío interior. El que acompaña en la huida no puede distinguirse. El propio vacío psicológico es sólo el resultado de la falsa absorción social. El tedio del que los hombres huyen simplemente refleja ese proceso de fuga al que desde hace tiempo están sujetos. Sólo así se mantiene vivo, hinchándose cada vez más, el monstruoso aparato de la distracción sin que haya uno solo que la encuentre. Tal aparato canaliza el impulso a la participación, que de otro modo se lanzaría de manera indiscriminada y anárquica, en forma de promiscuidad o agresión salvaje sobre lo colectivo, que como tal no consta de nadie más que los que están de paso. Estos, a quienes más se parecen son a los drogadictos. Su impulso responde con exactitud a la dislocación de la humanidad a que conducen desde la difuminación de la diferencia entre la ciudad y el campo a la

desaparición de la casa, y desde las comitivas de millones de desocupados a las deportaciones y las diásporas en el devastado continente europeo. Lo huero e inane de todos los rituales colectivos desde el *Jugendbewegung*[1] acaba expresándose como confusa anticipación de poderosas sacudidas históricas. Las innumerables personas que repentinamente sucumben a su cantidad y movilidad abstractas y caen en el delirio como bajo el efecto de un estupefaciente, son los reclutas de la *Völkerwanderung*[2] en cuyos espacios asilvestrados la historia burguesa se prepara para morir.

1 Movimiento de la juventud alemana que desde fines del siglo XIX buscó una nueva educación cultural con actividades al aire libre. (N. del e.)
2 "Migración de los pueblos", término forjado por la historiografía alemana para referirse a la paulatina penetración de pueblos bárbaros en las zonas civilizadas, y eminentemente al flujo de los pueblos germánicos hacia los territorios del imperio romano desde el siglo II d.C.

Theodor W. Adorno (Francfort, 1903–Suiza, 1969) estudió psicología, música, sociología y filosofía, aunque esta última fue el eje a partir del cual enfocó todas las demás. Defensor de la teoría crítica de inspiración marxista y uno de los principales pensadores de la Escuela de Francfort, Adorno fue mentor y amigo de Walter Benjamin y colaborador de Thomas Mann, Samuel Beckett y John Cage. Fundó el influyente Instituto para la Investigación Social de la mano de Max Horkheimer, con quien publicó *Dialéctica del Iluminismo*. Perseguido por el nazismo se refugió en Oxford y en Estados Unidos. Cuestionó la docilidad con que el hombre contemporáneo acepta recibir órdenes antes que tomar las riendas de su vida, y arremetió contra la llamada "industria cultural", esa maquinaria concebida para limar las salientes filosas del arte hasta volverlo un mero artículo de consumo.

El par de escritos que aquí se publican han sido tomados de *Minima Moralia*, traducción de Joaquín Chamorro Mielke, Madrid, Akal, 2004.

LA MALDICIÓN DEL TRABAJO

E. M. Cioran

Los hombres trabajan demasiado para ser ellos mismos. El trabajo es una maldición que el hombre ha convertido en un placer. Trabajar sólo por el trabajo mismo, disfrutar una labor sin recompensa, imaginar que puede uno sentirse pleno gracias al esfuerzo asiduo —todo eso es asqueroso e incomprensible. El trabajo permanente e ininterrumpido adormece, trivializa y despersonaliza. El trabajo desplaza el centro de interés del hombre de lo subjetivo a lo objetivo de las cosas. En consecuencia, el hombre ya no se interesa por su propio destino, sino que se enfoca en los hechos y las cosas. Lo que debería ser una actividad de transfiguración permanente se convierte en un medio para exteriorizarse, para abandonar el yo interior.

En el mundo moderno, el trabajo se ha convertido en una actividad puramente externa; el hombre no se hace a sí mismo a través de ella, hace cosas. Que cada uno de

nosotros debamos tener una carrera, debamos acceder a un cierto tipo de vida que probablemente no nos acomoda, ilustra la tendencia del trabajo a adormecer el espíritu. El hombre ve el trabajo como algo benéfico para su ser, pero su fervor revela su inclinación por el mal. En el trabajo el hombre se olvida de sí mismo; aún así, su olvido no es simple e inocente, sino más parecido a la estupidez. A través del trabajo, el hombre ha mudado de sujeto a ser objeto; en otras palabras, se ha convertido en un animal deficiente que ha traicionado sus orígenes. En lugar de vivir por sí mismo —no de manera egoísta sino creciendo espiritualmente— el hombre se ha convertido en el malogrado e impotente esclavo de la realidad exterior. ¿A dónde se han ido el éxtasis, la visión, la exaltación? ¿Dónde está la suprema locura o el genuino placer del mal? El placer negativo que uno halla en el trabajo contribuye a la pobreza y la banalidad de la vida diaria, a su mezquindad. ¿Por qué no abandonar este trabajo fútil y comenzar de nuevo sin repetir el mismo y oneroso error? ¿No es acaso suficiente con la conciencia subjetiva de la eternidad? La percepción de la eternidad es lo que la actividad frenética y el carácter trepidante del trabajo ha destruido en nosotros. El trabajo es la negación de la eternidad. Entre más bienes adquirimos en el reino de lo tem-

poral, y más intenso es nuestro trabajo externo, menos accesible y más alejada estará la eternidad. Por eso la limitada perspectiva de la gente activa y energética, por eso la banalidad de su pensamiento y sus actos. No estoy contrastando el trabajo con la contemplación pasiva o con las ensoñaciones vagas, sino con una transfiguración irrealizable; de cualquier modo, prefiero una pereza inteligente y observadora a una actividad intolerable y terrorífica.

Para despertar en este mundo moderno uno debe elogiar la pereza. El perezoso tiene una percepción mucho más aguda de la realidad metafísica que la que tiene el activo. Me atraen las distancias lejanas, el inmenso vacío que proyecto en el mundo. Una sensación de vacuidad crece en mí; infiltra mi cuerpo como un ligero e impalpable fluido. En su avanzar, como una dilación hacia el infinito, percibo la misteriosa presencia del más contradictorio de los sentimientos que hayan habitado jamás el alma humana. Estoy a un tiempo feliz y triste, exaltado y deprimido, sobrecogido tanto por el placer como por la desesperación en la más contradictoria de las armonías. Estoy tan alegre y al mismo tiempo tan entristecido que mis lágrimas reflejan al mismo tiempo el cielo y la tierra. Si tan sólo fuera por la felicidad de mi tristeza, desearía que no hubiera muerte en esta Tierra.

E. M. CIORAN (Rasinari, Rumania, 1911-París, 1995) fue uno de los pensadores más radicales y escépticos del siglo XX. Acosado por un insomnio casi metafísico, Cioran dedicó sus noches a escribir en fragmentos una obra que proclamaba la destrucción de las verdades absolutas y criticaba sin piedad la tontería universal. Filósofo sin sistema, a los veintiún años ya se situaba a sí mismo *En las cimas de la desesperación* (1933), título de uno de sus primeros libros con el que obtuvo, paradójicamente, el Premio de los Jóvenes Escritores Rumanos. Ahí se encontraban las raíces de su lucidez irónica, de su estilo rotundo y su afán por destruir los falsos valores de una civilización en ruinas, empezando por el valor del trabajo, cuya única función parecía ser la de apagar el espíritu y alejar al hombre de sí mismo.

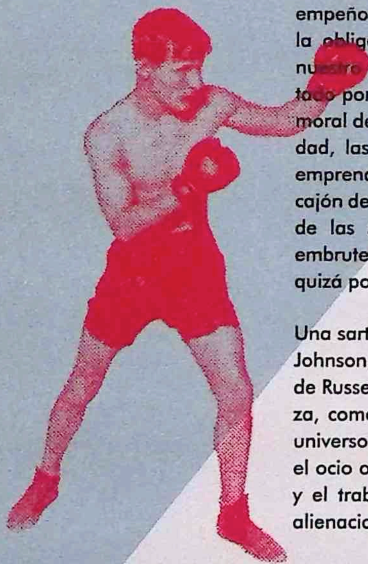
El texto que aquí se publica forma parte de sus prosas tempranas. Traducción de Juan L. Escoto.

t

Contra el trabajo de Séneca, Samuel Johnson,
Friedrich Nietzsche, Bertrand Russell,
T. W. Adorno y E. M. Cioran
se terminó de imprimir, mientras vagábamos
envueltos en banderas rojinegras,
en el mes de diciembre de 2008, en la ciudad de México.
El tiraje fue de mil ejemplares.
En la composición se utilizó la tipografía Mercury Text
publicada por Hoefler & Frere-Jones.



CONTRA EL TRABAJO



Ha llegado el momento en que ya no somos, ahora tenemos que trabajar para ser. Como reza el lugar común, somos el producto de nuestros empeños. La expulsión del paraíso trajo consigo la obligación de construirlo día con día, pero nuestro paraíso es cada vez más miserable: acotado por las paredes de la oficina, regido por la moral de las horas extra. El ocio, la improductividad, las ganas de tirarlo todo por la borda y emprender un viaje terminaron enterrados en el cajón de las posposiciones, de las quejas íntimas, de las subversiones más calladas. El trabajo embrutece y nos aleja de nosotros mismos, y quizá por ello goza de tanto prestigio.

Una sarta de autores clásicos —de Séneca al Dr. Johnson; de Nietzsche a Adorno; de la sensatez de Russell al desgarro universal de Cioran— traza, como una ruta de escape, las líneas de un universo paralelo a la ética de la eficacia. En él, el ocio ocupa el puesto que nunca debió perder y el trabajo vuelve a engrosar las filas de las alienaciones voluntarias.



COLECCIÓN VERSUS



open access

ISBN 978-607-7534-04-4

